

*“Bueno no está en modo alguno ligado necesariamente a acciones “no egoístas”. Antes bien, sólo cuando los juicios aristocráticos de valor declinan es cuando la antítesis “egoísta” “no egoísta” se impone cada vez más a la conciencia humana, para servirme de mi vocabulario, es el instinto de rebaño el que con esa antítesis dice por fin su palabra. Pero aun entonces ha de pasar largo tiempo hasta que de tal manera predomine ese instinto, que la apreciación de los valores morales quede realmente prendida y atascada en dicha antítesis, hoy, el prejuicio de que “moral”, “no egoísta”, “desinteresado”, son conceptos equivalentes, domina ya con violencia de una “idea fija” y de una enfermedad mental”*

(Nietzsche, 2003: p.23).

Así, la moral moderna, es decir, la que separa en bueno y malo las acciones, ha quedado “introducida”, si se me permite la expresión, en la conciencia del hombre moderno: desde que Nietzsche nos menciona (en su *Genealogía de la moral*) que los aristócratas pusieron como “bueno lo útil y lo malo como lo no útil”, se fue canonizando la idea de que dichas distinciones eran únicas. Esta idea pasó a formar parte de la conciencia moderna, según Nietzsche, y se ha quedado en nuestra mente contemporánea como algo antinómico, es decir, siempre que hacemos la distinción de algo “bueno”, lo oponemos a lo “malo”. Por eso “bueno-malo”, “sabio-bárbaro”, son relaciones dicotómicas fijadas en la mente del “hombre moderno”, que puede decirse es hasta una “enfermedad mental”, porque las asumimos como ideas canónicas y que Nietzsche es claro en ello.

Sin embargo, ¿qué pasaría si no existieran

dichas distinciones?, ¿serían lo bueno y lo malo juicios de validez, ambos verdaderos y falsos a la vez? Respondo desde la mirada política a estas preguntas con un sí, porque la asignación del nombre no depende sólo de la convención, sino también de la referencia al contexto, pero es el poder político el que instituye con ello, una moral.

En ese sentido, como dice Nietzsche, la aristocracia del siglo XIX (o anteriores), designaba por medio de las leyes, qué juicios son válidos para unos y cuáles para otros no lo son (y en qué contextos), en relación con los nombres de bueno y malo. Aunque la conciencia individual, bajo su propio criterio, pueda cuestionar estas categorías, lo cierto es que lo “bueno” y lo “malo” dependen mucho no sólo del contexto histórico, sino también de quiénes dicen lo que es bueno y lo que es malo y dan “porqués” o razones que legitiman como conocimiento.